

EL EXTERMINIO DE LOS PUEBLOS CANANEOS

La Iglesia de Dios de la Fé de Jesús

Tomo: III, No. 147

¿Por qué se ordenó?

Los cristianos creemos en un Dios revelado. Nosotros no inventamos, ni imaginamos al Dios que adoramos. Nuestro Dios se ha dado a conocer él mismo, tanto en la revelación de su palabra y su manifestación a los profetas, como en la creación misma, en la que encontramos el testimonio de su existencia y la prueba de sus atributos de poder y gloria.

“Dios, habiendo hablado muchas veces y en muchas maneras en otro tiempo a los padres, por los profetas. En estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, al cual constituyó heredero de todo, por el cual asimismo hizo el universo” (Hebreos 1:1,2).

El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, éste, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos de manos. Ni es honrado con manos de hombres, necesitado de algo, pues él da a todos vida y respiración y todas las cosas. Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habitasen sobre la faz de toda la tierra y les ha prefijado el orden de los tiempos y los límites de donde habitan; para que buscasen a Dios, si en alguna manera, palpando, le hallen; aunque no está lejos de cada uno de nosotros; porque en él vivimos y nos movemos y somos; como también algunos de vuestros poetas dijeron: **“Porque linaje de éste somos también”** (Hechos 17:24-28). **“Porque lo que de Dios se conoce, a ellos es manifiesto; porque Dios se los manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterna potencia y divinidad, se echan de ver desde la creación del mundo, siendo entendidas por las cosas que son hechas, de modo que son inexcusables. Porque habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni dieron gracias; antes se envanecieron en sus discursos y el necio corazón de ellos fue entenebrecido. Diciéndose ser sabios, se hicieron fatuos. Y trocaron la gloria del Dios incorruptible, en semejanza de hombre corruptible, y de aves, y de cuadrúpedos, y de serpientes. Por lo cual, también Dios los entregó a inmundicia, en las**

concupiscencias de sus corazones, de suerte que contaminaron sus cuerpos entre sí mismos. Los cuales mudaron la verdad de Dios en mentira, honrando y sirviendo a las criaturas antes que al creador, el cual es bendito por los siglos, Amén” (Romanos 1:19-25).

Así, los hombres han sido incapaces de descubrir al verdadero Dios, y todavía hoy los sabios que lo han conocido no le adoran “en espíritu y en verdad”, como Dios quiere ser adorado. (Juan 4:23,24). Por el contrario, según está escrito: trocaron la idea del verdadero Dios, en imágenes idolátricas, lo cual no tiene excusa ya que lo propiciaron quienes se han dicho sabios (sapientísimos). Fue entonces la idolatría ancestral y perpetua del hombre la causal de la necesidad de la revelación del verdadero Dios.

Esto es axiomático, ya que tanto los pueblos primitivos de la panorámica bíblica, desde los Mesopotámicos hasta Grecia y Roma, así como los post-bíblicos, desde las tribus vandálicas hasta las superpotencias de nuestros días, no conocieron (aquellos) y no aceptan (estos) al verdadero Dios y su correcta adoración.

La idolatría del “cristianismo” y la aceptación de divinidades tan discutibles como las del panteísmo Hindú, son el pan cotidiano de millones que permanecen inmersos en múltiples y variadas formas de creencia idolátrica, ignorando la esencia y voluntad del indescriptible. Lo absurdo de esto, es que, a causa del desarrollo científico, esta ignorancia hoy es absolutamente voluntaria.

Y si esto sucede hoy, en “El Siglo de las Luces”, imagine la situación espiritual del mundo en los días del Éxodo, cuando la barbarie era la escuela natural de los pueblos.

¿Cuál era el estado religioso del mundo en aquel tiempo? La promulgación de los Diez Mandamientos lo ilustra sin dudas. Los dos primeros mandamientos constituyen todo un tratado sobre el politeísmo idolátrico prevaleciente.

Primer mandamiento: **“No tendrás dioses ajenos delante de mí”.**

Segundo mandamiento: **“No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra: no te inclinarás a ellas ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos, sobre los terceros y sobre los cuartos, a los que me aborrecen, y que hago misericordia en millares a los que me aman y guardan mis mandamientos”** (Éxodo 20:3-6).

Esto es el mar de fondo que hay en el exterminio de los pueblos de Canaán.

El único pueblo que sabía del Dios verdadero, se encontraba esclavo en Egipto, y los siglos de esclavitud le habían hecho olvidar a su Dios, al grado de que el Señor se tuvo que identificar con ellos como el Dios de sus padres: **“el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob”**.

Los demás pueblos tenían dioses manufacturados y amoldados a su gusto e idiosincrasia, tal como hoy hay vírgenes morenas, blancas y rubias, según el color o nacionalidad de los pueblos que las veneran.

Quitarles aquellos dioses con que ellos se identificaban, sería como pretender quitarles hoy a los mexicanos la Virgen de Guadalupe.

No obstante, se requería dar al mundo de una vez y para siempre el conocimiento **“del Dios no conocido”** (Hechos 17:23). Dios quiso hacerlo mediante la constitución de un pueblo, en el que se viera toda la gloria, el poder, la majestad y la grandeza terrible de su realidad, ya que esto era lo único que el mundo de aquellos días podía entender. Para ellos un Dios de amor, de perdón, de bondad, de piedad, era una idea totalmente despreciable. Sus dioses debían ser tan bárbaros, desalmados, y tan sensuales como ellos.

No había más camino que el exterminio conjunto de dioses y adeptos. El agente ejecutor sería Israel, pero solamente después de pasar él mismo por la misma regla, que en un plazo de 40 años se les aplicó en pleno desierto. Allí pereció todo el pueblo irredento y rebelde salido de Egipto, preservándose únicamente a los menores de 20 años. De esto hay constancia escrita en las páginas del Pentateuco.

A la tierra prometida llegó un pueblo nuevo y elegido para dar al mundo el conocimiento del Inefable. **“He aquí, que yo lo di por testigo a los pueblos, por jefe y por maestro a las naciones. He aquí que llamarás a gente que no conociste, y gentes que no te conocieron correrán a ti; por causa de Jehová tu Dios y del Santo de Israel que te ha honrado”** (Isaías 55:4,5).

Pero hasta hoy Israel se olvidó de tan alta misión, y se aprovechó de la elección para su exclusivo provecho, por lo que hasta hoy ha sido reconvenido y castigado. **“POCO es que tú me seas siervo, para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures los asolamientos de Israel; TAMBIEN te di por luz de las gentes, para que seas mi salvación hasta lo último de la tierra... para que levantes la tierra... para que digas a los presos: ¡Salid! y a los que están en tinieblas: ¡Manifestaos!”** (Isaías 49:6,8,9). **“Yo, Jehová, te he llamado en justicia, y te tendré de la mano; te guardaré y te pondré**

por alianza del pueblo, POR LUZ DE LAS NACIONES; para que abras los ojos de los ciegos, para que saques de la cárcel a los presos y de casa de prisión a los que tienen su asiento en LAS TINIEBLAS” (ignorancia y error), (Isaías 42:6,7).

Pero ¿Cuándo Israel ha sido predicador de los pueblos del mundo? ¿Cuándo ha desempeñado su papel de Maestro? ¿Cuándo ha dado la luz de Dios que los pueblos necesitan? Esta es la causa de la venida del Mesías.

En la disposición de la destrucción de los pueblos idólatras, se contiene la explicación de la causa. Y esta se puede resumir en dos objetivos: Erradicar la idolatría, y mantener a Israel en la adoración del verdadero Dios.

Hoy tenemos nuevas formas de ateísmo e idolatría, con sus respectivas escuelas de fanatismo, tradición y error, pero son tenues formas de culto inofensivo si se comparan por ejemplo con las ceremonias en honor de Molok que eran orgías de desenfreno, que culminaban con la muerte de infantes arrojados en el vientre del ídolo dispuesto como horno de cremación (2 Reyes 23:10). Sobre esto se dieron a Israel advertencias expresas (Levítico 20:2-5), a pesar de lo cual los Israelitas llegaron a practicar este abominable culto (1 Reyes 11:33 y Jeremías 7:31).

Israel fue constantemente tentado por la lujuria de tales prácticas, a pesar de los decretos de pena de muerte. Recuérdese que, con el becerro de oro, Israel realizó un culto de fornicación idólatra igual que los paganos, y esa vez les costó la vida a tres mil Israelitas. También se contaminaron con el culto a Baal; peor y entonces murieron 24 mil de ellos (Números 25:1-9).

Dios castigó a su pueblo vez tras vez, con el fin de desarraigar su afición a la idolatría y quitar de ellos tan abominables costumbres. Y esto como ya lo dijimos, a pesar del conocimiento dado, la disciplina impuesta, y los milagros realizados ante sus ojos para convencerles de la realidad del Dios único y verdadero (Deuteronomio 8:2-5 y 7:6).

Si Israel no se mantenía al margen de la idolatría. Y si el propio pueblo elegido accedía a la adoración de otros dioses, sufriría la misma pena (Deuteronomio 6:14,15 y 13:6-16). Aquí la idea central es: **“Para que todo Israel oiga y tema y no vuelvan a hacer cosa semejante”** (verso 11). Este era el único idioma que podían entender. Y si esto se hizo con Israel después de más de 200 años de esclavitud y cuarenta años de nomadismo en el desierto, con lo que el eterno los había preparado para hacerlos dignos de la elección, imagínese lo que debía hacerse para que los demás pueblos temieran.

NACE EL MONOTEÍSMO

Israel era el pueblo elegido para practicar y enseñar la doctrina del Dios único. Este concepto era no solamente desconocido en aquel tiempo de barbarie politeísta, sino que era punto menos que imposible, que los pueblos paganos arraigados en la adoración de inúmeros dioses, aceptaran convertirse a un Dios invisible, abstracto, único, clemente, celoso, piadoso, santo y exigente de santidad, pureza, templanza, justicia, fidelidad absoluta y obediencia total y sistemática a un código moral que regulaba todas las acciones de la vida diaria. Esto no cabía en la mentalidad pagana de aquellos incultos, forajidos, desalmados e ingobernables pueblos sin ley.

Aquellos dioses eran grotescamente antropomorfos y fabricados a imagen y semejanza de sus adoradores, que veían en ellos todo lo bélico, bárbaro e inmoral de sí mismos. Sus Dioses eran pues el ideal de su propia manera de ser. Dioses sanguinarios, en cuyos cultos, la embriaguez, la fornicación, el sacrificio de niños y niñas y prisioneros de guerra, eran las ofrendas de su complacencia y devoción.

Estas son las razones causales del énfasis con que se prohibió a Israel, adorar dioses ajenos y contaminarse con ellos (Éxodo 20:3 y 34:14-17 y Deuteronomio. 6:14 y 13:7).

LA JUSTIFICACIÓN DE AQUELLOS HECHOS

La crítica condena la disposición de Dios sobre el exterminio de los pueblos idólatras y lo arguyen como justificación de su ateísmo, olvidándose de tomar en cuenta la causal: Es fácil criticar ahora desde nuestro tiempo y circunstancia aquellas acciones determinadas por Dios, como si las condiciones de aquellos tiempos fueran las del contexto de nuestros días, soslayando 35 siglos de distancia, 20 siglos de cristianismo y un milenio de civilización. Hoy ninguna de las condiciones sociales o religiosas, conserva el grado de barbarie de los días del Éxodo (esto sin menospreciar a Jomeini y sus hordas fanáticas)

LOS DIOS BELICOSOS

A los veleidosos y claudicantes, se les vedó la entrada a la tierra de promisión (Números 14:22, 23 y 32:10). Por otra parte, entre aquellos pueblos primitivos, la guerra era cuestión íntimamente ligada al dios de cada pueblo. Se creía que la intervención de los dioses era decisiva para la victoria

y la superioridad de un dios sobre otro, dependía de quien ganara la guerra (Jueces 16:23, 24). Así que la única forma de que el Dios de Israel fuera temido, reconocido y aceptado, era humillando a los dioses de los pueblos con la derrota y exterminio de los mismos, a fin de que los demás temieran.

La muerte de los primogénitos de los Egipcios y la sepultura de su ejército en las aguas del mar Rojo, constituyó un juicio contra sus dioses y dio fama a Jehová como el más grande y poderoso Dios sobre los demás (Éxodo 18:11; Números 33:4 y Romanos 9:17). Jehová era el único, pero aquellos por seguir aferrados a sus dioses, sólo lo aceptaban como el más grande y terrible.

CUATRO RAZONES CONCLUYENTES

Si lo antes expuesto no fuese suficiente para explicar y justificar la destrucción de los idólatras, todavía podemos presentar los siguientes axiomas que como tales son concluyentes:

PRIMERO: Dios ama al pecador, pero no al pecado. El perdona al pecador y al pueblo que se arrepiente, pero no justifica a quien persiste en el mal. Él sabe puesto que es omnisciente, quien es irredento o incrédulo sin conversión posible. Él es absoluto y soberano de decidir quién debe vivir y quién no. Esto hace Él todos los días con millares de gentes de toda edad y condición y nadie lo culpa por ello. No obstante, tenemos incontables ejemplos de cómo él perdona y se arrepiente del castigo. Un magnífico ejemplo de ello es Nínive (Éxodo 34:6, 7 y Jonás cap. 2).

SEGUNDO: La autoridad de Dios como autor de la vida, es semejante al derecho y facultad del alfarero que puede quebrar el vaso que hizo para hacerlo mejor (Jeremías 18:1-10). Y aún, si se dice que por qué no hizo todos sus vasos perfectos, el reclama el derecho de hacerlos a su arbitrio para alcanzar sus fines (Romanos 9:19-23). Creer en Dios implica creer que él tiene este derecho.

TERCERO: Así como no se nos consultó para traernos a la vida, no obstante, lo cual la apreciamos y no quisiéramos perderla. Del mismo modo, se nos quita sin avisarnos siquiera y sin estar preparados para morir y sin darnos la oportunidad de escoger siquiera la forma, a menos que nosotros mismos anticipemos tan solemne evento.

Dios da la vida y la quita y esto a todos sin excepción y así lo ha hecho en todos los tiempos. Él quita la vida lo mismo al que muere en la

batalla que al que muere en su lecho. Lo mismo a los que murieron en Canaán, que a los que murieron en el último terremoto. Esto es tan evidente que anula la crítica y la negación de la verdad de Dios. El que culpa a Dios no sabe lo que dice. ¿Dónde pues está la diferencia? ¿Dónde la contradicción?

CUARTO: Dios por su propia solvencia moral como Juez y creador de la vida, ha dicho “No matarás”. Cuando el hombre mata, comete un pecado punible llamado crimen. Es punible y prohibido matar por dos razones: La vida que un hombre destruye no es suya, no le pertenece, por tanto, no tiene ningún derecho sobre ella. Segundo, no la puede reponer o restaurar. Es completamente impotente para revivir o devolver la vida a su víctima.

Nada de esto es aplicable a Dios, primero porque él es el dueño de la vida y como tal se reserva el derecho absoluto sobre ella. Segundo: Igual que el alfarero que quiebra el vaso y lo hace de nuevo, Él puede regresar esa vida otra vez, aunque nosotros seamos completamente inconscientes del cómo, el cuándo y en quién. Él es el médico divino que puede herir y curar. Si Él no tuviese estas cualidades no merecería ser Dios. No hay duda que cuando Jesús dijo: “**Yo soy la resurrección y la vida**” estaba diciendo mucho más de lo que los doctores del saber han entendido.

Dios dijo: “**Sea la luz**”. Lo mismo deseo para la mente de todos los lectores de este opúsculo.

Fé de Jesús